

CAPÍTULO 3

Actividades culturales, festejos institucionales y celebraciones familiares

Marisa A. Moroni y Paula Inés Laguarda¹

Los primeros miembros de la *Società Italiana di Mutuo Soccorso Patria e Lavoro* desarrollaron distintas prácticas destinadas a mantener y reforzar sentimientos, recuerdos e intereses comunes en un medio geográfico que estaba en las antípodas de sus orígenes europeos. Las conmemoraciones de hechos patrios, las celebraciones familiares, romerías y distintas actividades culturales que se realizaban en el salón social minimizaban la incertidumbre que provocaba la distancia, y como si se tratara del efecto *Fatamorgana*, la existencia real de la península se percibía a través de las canciones, vestimentas y comidas típicas que los italianos recreaban en una lejana tierra de acogida.

Los especialistas Roberto Di Stefano, Hilda Sábato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno sostienen que, desde fines del siglo XIX, nuestro país atravesaba una época de gran “*fervor asociativo*” donde las actividades sociales y culturales se multiplicaban y movilizaban a distintos sectores de la sociedad. En palabras del historiador Fernando Devoto, en estas sociedades de base étnica la identificación con la política local

1 Instituto de Estudios Socio Históricos, Universidad Nacional de La Pampa/ CONICET. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa.

o las reivindicaciones de clase estaban fuera del interés de los asociados. El caso pampeano no fue una excepción, y tanto la evidencia documental como los testimonios de los protagonistas registrados en actas y estatutos, demuestran que el principal objetivo de la *Società Italiana Patria e Lavoro* de Santa Rosa fue la atención de las necesidades materiales de sus miembros y de sus familias, especialmente la cobertura médica y funeraria. Por otra parte, el contexto y las características de la entidad propiciaban la realización de actividades sociales, culturales y recreativas que movilizaban a los socios. Las actas señalaban que la convocatoria a los italianos fomentaba el “*estrechamiento de los vínculos de patriotismo y amistad entre los compatriotas*”.

En este capítulo nos referiremos a las variadas manifestaciones culturales que organizaron los inmigrantes italianos y sus descendientes en su paso por la *Società Patria e Lavoro* durante la etapa formativa de la institución. Tanto las fiestas patrias y los homenajes a personajes de la historia italiana como las proyecciones cinematográficas, audiciones radiales y las celebraciones familiares, marcaron la gestión de generaciones posteriores que en 1967 conformarían el *Círculo Italiano* y décadas más tarde el actual Club Italiano. La reconstrucción del relato histórico consideró, especialmente, los testimonios de los protagonistas y de sus familiares que narraron experiencias y trayectorias de quienes intervinieron en la entidad. Esta opción metodológica implicó la revalorización de los documentos personales, tanto escritos como orales. Las entrevistas, fotografías, epistolarios y recortes de diarios en manos de particulares constituyeron un excepcional reservorio de información para conocer la historia de la inmigración en regiones distantes de la capital nacional. Como sostiene el investigador español Xosé Nuñez Seixas, este tipo de documentación cualitativa posibilita la comprensión de “*acciones y representaciones de la vida cotidiana de la gente corriente (...) estas fuentes amplían las temáticas y enfoques de lo que es 'historiable' en*

el ámbito local y microsocioal”. Asimismo, es necesario tener en cuenta las limitaciones de este tipo de fuentes históricas que están mediadas por la subjetividad de las emociones, experiencias y recuerdos de los informantes. Por tanto, para corroborar y complementar las entrevistas y documentos de origen personal triangulamos esta información con los datos que brindan las actas, estatutos y otros registros de la institución.

Homenajes institucionales y celebraciones familiares

Las fiestas eran populares, con vestimenta y bailes italianos. Las puertas estaban abiertas para todos (...) Era lindo, era una convivencia hermosa. Se pasaban noches fabulosas (Entrevista realizada a Silvio Di Zitti).

En los primeros años del siglo XX, los socios fundadores organizaban tertulias para la lectura de las noticias que llegaban desde Italia. Las cartas brindaban información y novedades de la vida de las familias, amigos y vecinos que residían en la península y los diarios italianos reflejaban la actualidad política y los sucesos ocurridos en Europa. La sede social era el punto de encuentro para la organización de las fiestas patrias y la conmemoración de la Unificación italiana, de la República o los homenajes a personajes de la historia italiana como Garibaldi. Al mismo tiempo, la necesidad y voluntad de reunirse en el ámbito privado del salón social, que en un principio solo frecuentaban los socios, se trasladaba al espacio público y las banderas adornaban los frentes de edificios oficiales, comercios y casas de familia. Las canciones regionales sonaban en las calles y los desfiles de la colectividad marcaban la presencia de los “*tanos*” en la sociedad receptora, además de fortalecer las relaciones entre connacionales y con otros inmigrantes.

Las calles santarroseñas se transformaban en un circuito festivo que iniciaba en el frente de la institución, en la calle Quintana, donde las banderas y las *canzonettas* que interpretaba la banda de música recibían a las autoridades de la Comisión, a funcionarios municipales, a la delegación española y a quienes compartían un espacio socialmente reconocido como el lugar de encuentro de los inmigrantes italianos en Santa Rosa. En este punto, coincidimos con el análisis de Mónica Lacarrieu sobre los imaginarios e imágenes urbanas. La autora refiere a estos espacios como resultado de la “*interculturalidad regional*” donde los actores organizan, ya sea por consenso o negociación, puntos de referencia o “*una cartografía simbólica específica, en ocasiones en disputa con las imágenes “oficiales”*”.

Una de las celebraciones más representativas de la colectividad fue la conmemoración del XX de septiembre, que comenzaba a partir de la *convocazione della colonia* a una asamblea extraordinaria que reflejaba la relevancia que la Comisión otorgaba a la festividad. Luego de la lectura y consideración de las propuestas, la organización de los festejos se delegaba a un grupo de socios italianos, que las actas denominaban “representativos” y que no poseían cargos ejecutivos, pero participaban en distintas actividades.

La primera comisión de festejos estuvo integrada por Giuseppe Sardella, Demetrio Nale, Giuseppe Gentile, Vincenzo Simonetti, Pasquale Alaggio, Pasquale Porrini, Olivieri Borghi y Pietro Bergallo. La práctica de convocar una comisión especial para la organización se mantuvo a lo largo de los años en los que se celebró el XX de septiembre y se extendió a otras celebraciones que se incorporaron al calendario de fiestas patrias italianas.

La magnitud y espectacularidad de los homenajes estaba sujeta a la disponibilidad de fondos y al ánimo de celebración que dejaban los denominados *años malos* o *años poco favorables para fiestas* como indican las actas. En ocasiones se realizaba un gran almuerzo o *banquete* con la presencia de autoridades municipales, en otras se organizaban desfiles en las calles principales

con la participación de la colectividad que vitoreaba el paso de la Comisión Directiva, se distribuían litografías referidas al aniversario de Roma y en épocas de menor movilización se lanzaban bombas al amanecer para anunciar, por ejemplo, la llegada del día de la Unificación italiana.

Las manifestaciones públicas como los desfiles con banderas y las imágenes de Mazzini o la escultura de Garibaldi en el edificio social, visibilizaban las señas de identidad de los italianos que recordaban acontecimientos relevantes del país de origen. Como ocurrió con otras sociedades étnicas de principios de siglo XX, el ideario mazziniano se reflejaba en la elección de los homenajeados; como sostiene el historiador Fernando Devoto, tanto Mazzini como Garibaldi representaban el papel que ocupaba el pensamiento republicano en Argentina (Devoto, 2000: 161). En las actas de *Patria e Lavoro* se reiteraban las declaraciones sobre el carácter apolítico y la prohibición de ideologizar las deliberaciones, sin embargo, la orientación política e ideológica de sus miembros estaba presente en las discusiones referidas a la “*gesta nacionalista de la unificación*” y a la inquebrantable decisión de mantener el carácter laico de la entidad.

Los acontecimientos políticos que atravesaba Italia despertaban el interés de la sociedad étnica que, con la presencia en las calles santarroseñas, fortalecía los lazos colectivos de hermandad y solidaridad que la diferenciaba de la sociedad receptora donde transcurría su vida cotidiana. Así, por ejemplo, en 1912, el socio Joaquín Ferro señalaba que los preparativos del XX de Septiembre debían revestir una significación especial, pues llegaban noticias de Italia sobre el final de la contienda ítalo-turca y era necesario “*intensificar los sentimientos de patriotismo en reconocimiento de la victoria que obtiene Italia en la guerra contra Turquía*” (Libro de Actas de la Società Italiana, 11 de agosto de 1912).

La muerte de los socios fundadores también revestía un significado especial, se organizaba un importante ritual destinado a honrar al fallecido y rememorar su origen nacional cubriendo el féretro con la bandera italiana. A partir de 1912, la solemnidad de

la muerte se institucionalizó mediante la utilización de un paño negro de fino terciopelo con las insignias de la *Società* en hilos dorados que teñía de emoción y espectacularidad el cortejo fúnebre. El lienzo representaba tanto a la institución como a la patria italiana, en consecuencia, a partir de los primeros decesos de socios la adquisición del paño fúnebre fue un tema recurrente en las deliberaciones. Finalmente, la Comisión autorizó a Felipe Di Liscia y Pedro Alaggio a viajar a Buenos Aires y con las donaciones de los socios concretar la compra del paño. Cabe destacar que, transcurridos más de 100 años de historia de la asociación italiana, el paño aún se conserva en la sede de la institución.



Imágenes del paño fúnebre que se conserva en la Institución.

Foto: Silvia Di Zitti, agosto 2019.

Además de la despedida de un connacional en un contexto afectivo, que reflejaba la presencia de la cultura de origen en el cortejo, las exequias de los socios italianos y de su familia directa contaban con el auxilio económico de la institución. El 4 de mayo de 1916, comenzaban las iniciativas para instalar un mausoleo en el cementerio local, el Consejo municipal intervenía y gestionaba la donación de dos sepulturas para emplazar el panteón social. Sin embargo, a pesar de la insistencia de los inmigrantes, la entrega de los terrenos nunca se efectivizó y los italianos recurrirían a sus asociados para costear los gastos.

La propuesta de construcción del panteón se originó tras la muerte del reconocido maestro de origen italiano Domingo Mantovani que, desde su llegada a La Pampa en 1909, se desempeñó como educador en distintas instituciones del Territorio Nacional. La comisión *ad hoc* encargada de la colecta estuvo conformada por Víctor Lamela, Octavio Garmendia, Alfonso Gamberini, Hugo Nale, Lucio Molas y Giménez Guizandez. Al mismo tiempo, se constituyó una comisión honorífica encabezada por el gobernador Felipe Centeno e importantes protagonistas de la vida política y social de La Pampa como el Dr. Alfredo Torres, Clemente Andrada, Tomás Mason, Alfredo Forchieri, Juan y Sabino Neveu y Juan Forns Artigas.

El desenlace llegó en 1922, cuando la *Società* decidió comprar en cuotas al municipio un terreno para la construcción del panteón social y mediante una suscripción de los socios. Cabe destacar que la edificación de un panteón en el cementerio local fue una práctica habitual para la mayoría de las asociaciones étnicas italianas de este momento, como explica el estudio de Gabriel Ferro. Este tipo de monumento funerario no vinculaba a las personas únicamente “*por lazos de sangre sino de la patria de origen*” y estaba destinado a “*exhibir el poder simbólico de su historia y civilización frente a una nación en formación*”.



Monolito en homenaje a los inmigrantes italianos fallecidos. Cementerio Municipal de Santa Tosa. Foto: Silvia Di Zitti, septiembre 2019.

A las celebraciones cívicas se sumaban las fiestas que se realizaban para recaudar fondos para la institución o para causas vinculadas con la guerra europea. En este caso, los socios y sus familias se congregaban en las instalaciones del edificio social para asistir a bailes, tómbolas, romerías o banquetes. Las romerías anuales fueron las de mayor atracción por su componente recreativo y por la variedad de actividades que se desarrollaban durante el festejo. En el extenso programa de la jornada no faltaban los bailes regionales, la vestimenta, la degustación de platos típicos, la banda de música y los que cantaban al compás de sus acordes. Es preciso destacar que, como ha estudiado Tamara Mudarra Vidal, las romerías establecían *contextos de sociabilidad* donde las personas interactuaban y compartían valores identitarios.

En las festividades que reunían a las familias italianas, las mujeres, esposas de los socios, asumían un papel fundamental en la organización de casamientos, cumpleaños, recepciones de viajeros y otras actividades sociales colectivas. En la entrevista realizada a Delia Vidale, advertimos la significación que adquirían las fiestas italianas para su familia y vecinos santarroseños:

Acá en el Club se celebraban bautizos, comuniones, casamientos, mi papá tomaba el acordeón o la verdulera y cantaban. Eran muy serios y trabajadores, pero al momento de cantar les salía toda la alegría, lloraban con el Mamma Mia y Mazzolin Di Fiori, lloraban y cantaban (...) La relación con otras colectividades era muy buena, en el Prado se hacían las Romerías, las italianas y las españolas, en la glorieta de arriba estaban la orquesta y bailaban casi todo el día... Al principio era cosa de hombres, especialmente, en las reuniones donde votaban, las mujeres preparaban las cenas, los casamientos, las fiestas. Me acuerdo que cuando se casó la hija del dueño de la fábrica de ladrillos “Dominguito” todos íbamos después de la ceremonia de la iglesia en los camiones a festejar (estaba detrás de la laguna Don Tomás, en la zona de hornos). Mi madre había confeccionado el vestido de novia y realizado la torta de bodas. En una carpa inmensa se hacía la fiesta, se festejaba todo el día. ¡Era una gran, gran

familia! ... Recuerdo la fiesta de San Antonio de Padua de la Villa Santillán, había un galpón, el pan te lo regalaban estaba bendecido por el cura, hacíamos la procesión y así con cada santo que correspondía a la región de donde procedían (Entrevista realizada a Delia Vidale).

Es posible pensar que, como sostiene el historiador Fernando Devoto, muchos de los llegados desde la península sin una noción de pertenencia italiana, reforzaron los vínculos con la patria italiana en el nuevo país participando voluntariamente o involuntariamente de estas ceremonias (Devoto, 2000: 161). Sin lugar a dudas, el mandato fundacional de *Patria e Lavoro* fue la prestación de asistencia económica a la comunidad italiana en Santa Rosa, sin embargo, las celebraciones y actividades sociales y recreativas reforzaron la identificación con la colectividad y la difusión e intercambio de noticias oficiales y familiares.

El Cine Marconi: una sala moderna, a la altura de la capital

El Cine Marconi fue inaugurado en 1938 por la *Società Italiana*, en una intervención decisiva para contribuir al proceso de modernización de Santa Rosa, capital territoriana desde principios del siglo XX.

La cinematografía había llegado en forma temprana al Territorio Nacional de La Pampa -en 1901 se realizó la primera proyección, apenas seis años después que su aparición en Europa y cinco de su llegada a Buenos Aires- y se difundió rápidamente incorporándose como espectáculo de variedades en hoteles y fondas, así como en los pioneros cine-bares. Sin embargo, no fue hasta la década de 1930, con el comienzo del cine sonoro y el desarrollo de la industria cinematográfica nacional, que se abrieron salas específicamente instaladas para proyectar películas.



Fototeca Bernardo Graff. Archivo Histórico Provincial “Prof. Fernando Aráoz”.

Ya desde fines de la década de 1920 la *Societá Italiana* había dado muestras de su interés por el espectáculo cinematográfico, ofreciendo funciones en el Teatro Español, que en ese momento estaba concesionado al empresario Nazario Camarero. El acuerdo era que el 50% de la recaudación quedaba para el empresario, quien se hacía cargo de los gastos de electricidad, personal e impresión de programas. En algún momento, también la propia institución había adquirido un modesto equipo de proyección, y es probable que algunos de los inquilinos que ocuparon el salón social a lo largo de los años, entre otras actividades también hayan realizado proyecciones. En las actas de la institución aparecen referencias aisladas, sin mayores precisiones, sobre “*funciones cinematográficas*” que acompañarían actos patrióticos o eventos sociales, y se analiza la posibilidad de que los inquilinos instalaran un “*biógrafo*” u otro espectáculo en una fecha temprana como 1913. Se refiere a ello también el libro de Walter Cazenave realizado por el centenario de la entidad.

A fines de 1936, empieza a discutirse en las actas de la institución la propuesta de reconstrucción del local social a fin de hacerlo “*apto para cine moderno*”. Se acuerda contactar a varias empresas para que presenten presupuestos, planos y proyectos. La idea era financiar la obra a plazos, a partir de la renta que se obtuviera del local. No obstante, posteriormente también se suscriben acciones entre los socios y se aprueba en asamblea extraordinaria la suscripción de un préstamo hipotecario. Asimismo, se designa una comisión de hacienda *ad hoc* para supervisar las obras y su financiamiento, más allá de los recambios estatutarios de Comisión Directiva. La obra, finalmente, se ejecutó con planos y dirección de su presidente, Antonio D’adam, y con la colaboración de numerosos asociados y comercios del medio, que proveyeron fondos, materiales y mano de obra.

Ahora bien, ¿por qué la *Societá Italiana* decide afrontar el proyecto de crear un cine? Hasta ese momento, las iniciativas culturales de la institución habían sido acotadas (la organización de algunas conferencias, el auspicio de conciertos u obras teatrales y la promoción del idioma italiano en 1933). Tampoco como espacio de sociabilidad registraba una concurrencia muy asidua. Sus principales actividades en ese rubro eran bailes y encuentros sociales, generalmente los consabidos festejos del XX de Septiembre en recuerdo de la Unificación italiana de 1870. A lo largo de las actas se advierte que, al menos hasta la década de 1930, la principal preocupación de la *Societá* era el fin mutualista: brindar a sus asociados atención médica y cobertura social en caso de enfermedad o muerte. La preocupación por administrar la caja social y aumentar sus ingresos limitando los egresos es una constante a lo largo de sus primeros cuarenta años. Los fondos siempre son exiguos y no permiten emprender proyectos de largo aliento ni distraer dineros para otros fines.

Analizando el periodo que va desde la decisión de reconstruir el local social hasta la inauguración del Marconi - diciembre de 1936 a marzo de 1938-, las actas sugieren dos motivaciones centrales: por un lado, la esperanza de poder obtener mayores

ingresos con la concesión del cine, fondos que por supuesto irían destinados a la caja social; por el otro, la intención de ofrecer a la ciudad un cine y sala de espectáculos “*que reúna las condiciones y comodidades de una sala moderna digna de esta Capital*”.

Con respecto a la primera motivación, se encuentra en línea con lo que han observado autores como Fernando Devoto sobre las mutualidades étnicas, y en particular sobre las de origen italiano, cuyo principal objetivo era ofrecer protección social y sanitaria a sus asociados, con gran preocupación por los fondos que ello demandaba. En junio de 1937 la Comisión Directiva convoca a una asamblea extraordinaria para pedir autorización “*para reformar el Salón Social, cosa imprescindible si se quería revalorizar la propiedad y sacar mejor renta de él*”. Aún antes de las refacciones, se informa que ya había tres interesados en alquilarlo. Por ese entonces, la *Società* aún no se planteaba la posibilidad de explotar la sala por cuenta propia, lo que terminaría haciendo en la década de 1970.

La segunda motivación resulta de mayor interés: a través de la creación del cine la *Società Italiana* pretendía incidir en el proceso de modernización de Santa Rosa, plantando un mojón de enorme importancia. Si otra entidad étnica, la Asociación Española de Socorros Mutuos, había sido la responsable de impulsar la construcción del Teatro Español a principios de siglo -la sala fue inaugurada en 1908 y se convirtió en un espacio tradicional de la cultura y la sociabilidad santarroseñas-, la institución italiana no podía quedar rezagada y también debía dejar su impronta en la modelación del espacio urbano. Pero lo haría construyendo una sala moderna, para un espectáculo también moderno.

Modernidad, lujo y diferencias sociales

El Cine Teatro Marconi fue inaugurado el 17 de marzo de 1938, con un programa doble que incluyó la proyección de *Sangre y Marfil* (*The Elephant Boy*, Gran Bretaña, 1937, Dir. Robert Flaherty y Zoltan Korda) y *La historia se hace de noche* (*History*

is made at night, USA, 1937, Dir. Frank Borzage), además de la actuación de la orquesta Los Bohemios. La función inaugural, como aclaraba pocos días antes el diario *Gobierno Propio*, se realizó a beneficio de la *Società Italiana*.

El nombre de la sala había comenzado a aparecer en las actas desde el inicio de las refacciones, sin que mediara discusión alguna, al menos no una que quedara registrada en los documentos. Se trataba de un nombre común a muchos cines abiertos en la misma época por la comunidad italiana en Argentina, en obvia alusión al inventor italiano pionero de la radiotelefonía sin hilos.

La concesión de la sala había sido otorgada al empresario Julio González, después de arduas negociaciones y con condiciones contractuales sumamente ventajosas para la *Società*: abonaría la suma de 730 pesos m/n mensuales, más adelante de 5.000 pesos m/n, con un contrato por tres años con opción a tres más. La *Società* podría utilizar las instalaciones tres días al año para actividades propias, entre ellos el XX de Septiembre. La obra, que inicialmente iba a tener menores dimensiones, fue ampliada en agosto de 1937 por asamblea extraordinaria hasta alcanzar un presupuesto de 35.000 pesos m/n: 25.000 pesos m/n provenientes de un préstamo hipotecario, 5.000 pesos m/n de la garantía de cumplimiento del contrato de concesión y otros 5.000 pesos m/n por venta de acciones entre los asociados, además de donaciones de materiales y mano de obra. No obstante, los bancos consultados denegaron el préstamo o bien ofrecieron una cantidad irrisoria, por lo que se trabajó a crédito con comerciantes locales.

El otorgamiento de la concesión a González, más allá de que su oferta era económicamente conveniente, estaba sustentado en razones valederas: era un experimentado empresario del rubro, que por entonces tenía también la concesión de la proyección de películas en el Teatro Español. En tal sentido, poco antes de la inauguración se ocupó de aclarar a la prensa que la programación de ambas salas no se superpondría. Según indica Cazenave en el libro del Centenario, “*El Marconi, por su mayor jerarquía,*

estrenaría prácticamente a diario, en tanto la sala correspondiente al español haría estrenos y “reprises” como se decía entonces”.

El Cine Marconi era la primera sala en el territorio pampeano de semejante envergadura. Apodada por la prensa como “*el Gran Rex santarrosense*”, disponía de 900 butacas y un avanzado equipamiento de proyección. No se habían escatimado gastos: se instalaron modernos equipos de refrigeración y calefacción por radiadores; las butacas se encargaron especialmente a una fábrica de Buenos Aires y la ornamentación de la sala buscó asemejarse a la de los cines de la capital del país, al igual que el frente vidriado del local.

Según Cazenave, el día de la inauguración fue un verdadero acontecimiento social. Cerca de un millar de personas se congregaron en el evento, colmando la capacidad de la sala y haciendo necesario colocar sillas accesorias, en tanto la prensa local ponderó los detalles de construcción, ambientación y comodidades del cine. El diario *Gobierno Propio* publicó al día siguiente una crónica de la inauguración bajo el título “*Es soberbio. El Marconi trasuntaba la calle Corrientes anoche*”. Entre otros aspectos, el cronista destacaba: “*Se ha imitado el clima de los cines porteños hasta en sus menores detalles para dar una impresión grata de confort, de comodidad, de lujo*”.

Como era habitual en aquel tiempo, las localidades se distribuían en *pullman* en el nivel más bajo -unas 600, a un costo de 10 pesos m/n- y el llamado “*gallinero*” en el sector alto, con un costo más reducido y asientos de madera. Sobre el modo en que esa diferenciación alimentaba los imaginarios sociales de la capital territorialiana, resulta ilustrativo el testimonio de Zoilo D’Adam, quien comenzó a participar con su padre de las reuniones a los 12 o 13 años y en los cincuenta se desempeñó como secretario de la entidad:

“Yo del cine me acuerdo siempre que, acá muchos no lo dicen, historiadores o algo así, pero acá las castas sociales que había en Santa Rosa era terrible. A uno le parecía que no,

pero el hijo de un abogado, el hijo de un doctor, el hijo de un maestro ¿iban a ir al cine al gallinero? Eso era para los de El Salitral, era para la gente de la villa. Ellos iban a la butaca, abajo” (Entrevista realizada a Zoilo D’Adam).

Sobre el valor de las entradas, aunque no tenemos la referencia exacta del momento de la inauguración, contamos con la estimación que hacía Zoilo D’Adam para la década de 1950. Afirma que el equivalente de la entrada era el costo de un atado de cigarrillos:

“Siempre se buscaba un atado de cigarrillos, o si no era dos kilos de azúcar o dos paquetes de yerba, siempre que fuera accesible. Los lunes, martes y miércoles se bajaba la entrada. O sea, la entrada era de 5 pesos, matinée era 25 centavos. Cuando daban películas para los chicos, en el año ’50 y pico, era 25 centavos la entrada. Eran caramelos. Y después la entrada era uniforme, los lunes, martes y miércoles, para que fuera accesible a personas más pobres, en vez de 5 se cobraba 3 pesos. Entonces se pasaban películas que no eran malas tampoco, y no se pasaban exclusivamente películas argentinas; porque por ahí se armaba una película argentina con una de cowboys, norteamericana. Prácticamente las películas que se pasaban eran argentinas y norteamericanas, e italianas”(Entrevista realizada a Zoilo D’Adam).

La amplitud de la sala, la modernidad de su equipamiento, el confort y la elegancia de su ornamentación constituían un hito que ubicaban a la *Società Italiana* como promotora de la modernidad en la ciudad. De ello daba cuenta el secretario de la entidad, Luis Enrique Zucca, en el discurso pronunciado durante la inauguración:

“Habiendo la ciudad de Santa Rosa, alcanzado un alto grado de adelanto cultural en todos sus órdenes se hacía preciso dotarla de una sala de espectáculos que estuviera en consonancia con ese adelanto (...) // Nunca como ahora el número

de edificios modernos ha sido tan numeroso y el optimismo parece contagiar a todos con fundada razón. // La Sociedad Italiana “Patria e Lavoro”, a cuya Comisión Directiva pertenezco, no podía quedar a la zaga y quiso llevar a la realidad una aspiración de todos. // (...) He aquí terminada la obra tanto tiempo reclamada. Le entregamos para que el pueblo encuentre en ella el esparcimiento que el espíritu necesita, en la seguridad de que los empresarios habrán de brindarles el espectáculo de acuerdo con la importancia de la sala”.

Para ese entonces, los habitantes ya eran consumidores habituales de espectáculos y entretenimientos modernos, estaban informados a través de periódicos y revistas acerca de los últimos estrenos de Buenos Aires y de las modas y productos de la capital, que cuidadosamente seleccionaban en los catálogos de los almacenes y esperaban a que llegasen por ferrocarril. Y la nueva sala venía a confirmar que sus aspiraciones de modernidad por fin se verían satisfechas con un espacio a la altura de lo imaginado. No obstante, ese espíritu moderno entraba en tensión con tendencias de una sociedad aún tradicional, con una fuerte segmentación y demarcación social, que no solo funcionaban en el plano de los imaginarios, sino que adquirirían una materialidad muy concreta, por ejemplo, en el acceso y la ocupación de los espacios, fueran estos públicos o privados, como es el caso del cine.

Años más tarde ese rol como impulsora de la modernidad intentó ser revalidado por Antonio D’Adam, el constructor de la sala, quien diseñó *“un futurista proyecto para construir un Teatro con un perfil similar a las obras proyectadas por Albert Speer en Alemania, iniciativa que por desavenencias internas y problemas presupuestarios fue dada de baja”*, según sostuvo José Minetto.

Los últimos años

Con respecto a la programación, como fue tradicional en los cines de buena parte del siglo XX, se ofrecían funciones continuadas, que incluían el noticiero –Sucesos Argentinos o Noticiero

Panamericano, entre los más habituales- y dos o hasta tres películas, según la duración. Por lo general, se ofrecía una película nacional y una extranjera, casi siempre de Hollywood. Según recordaba Zoilo D'Adam para los años 50 y 60:

“Las películas nacionales se pasaban todas. Ese era el fuerte. Los lunes, martes y miércoles eran películas nacionales porque se cobraba más barato, para que fuera toda la gente. Después jueves, viernes, sábado y domingo ya eran las películas más caras, de taquilla. Entonces ya eran las películas extranjeras o las películas argentinas que ya tenían renombre. Por ejemplo, una película de las últimas que filmó Mirtha Legrand, esas ya iban jueves, viernes, sábado y domingo, porque ya eran conocidas” (Entrevista realizada a Zoilo D'Adam).

En las décadas siguientes a la inauguración la sala sería concesionada en diversas oportunidades. A Nazario Camarero en los años cincuenta, a Antonio Zurro –un empresario de Trenque Lauquen que también administraba un cine en esa ciudad- en los sesenta, y a Dante Pracilio a comienzos de los setenta, quien era propietario del Cine Monumental e integrante de una sociedad con su hermano Ricardo, que también tuvo el Cine América, el Gran Norte y el Autocine de Santa Rosa. De esa época, el testimonio de Zoilo D'Adam recuerda que las películas llegaban desde Buenos Aires a través del ferrocarril y que se pasaban de cine en cine, muchas veces transportando los rollos en carretilla.

“Me acuerdo cuando acá se vio... no sé si fue “Los diez mandamientos” o una de esas películas famosas... Entonces, ¿qué pasaba? El cine Monumental empezaba la película y el cine Marconi pasaba noticiero. Veinte minutos que duraba el rollo. Entonces empezaba el cine Monumental a ver la película y cuando terminaba el rollo lo traía para el cine Marconi, y dábamos la película en el cine Marconi; porque a veces con una sola película se llenaban los dos cines” (Entrevista realizada a Zoilo D'Adam).

Cuando Pracilio dejó la concesión del Marconi, durante varios años el propio Club Italiano se hizo cargo de su gestión, hasta finales de la década del 70. Con altibajos, cierres temporales y reaperturas, el cine continuaría funcionando como tal hasta principios de los años 90, cuando la crisis económica llevó al cierre de numerosas salas en todo el país. El salón fue alquilado a una casa de juegos electrónicos y posteriormente tuvo diversos usos. No obstante, en los imaginarios urbanos ese espacio aún sigue significándose como “*el Marconi*” y resulta una referencia ineludible en los recuerdos de varias generaciones de santarroseños y, por ende, en la construcción de la memoria histórica de la ciudad.

Fuentes y entrevistas

Entrevista realizada a Zoilo D’Adam, Santa Rosa, 11 de enero de 2007. Entrevistadora: Paula Laguarda.

Entrevista realizada a Silvio Di Zitti, Santa Rosa, 22 de septiembre de 2011. Entrevistador: Lisandro Moreno.

Entrevista realizada a Delia Vidale, Santa Rosa, 10 de noviembre de 2014. Entrevistadora: Marisa A. Moroni.

Diario *Gobierno Propio*, Santa Rosa, 12 de marzo de 1938, 18 de marzo de 1938.

Libro de Actas de la Sociedad Italiana “Patria e Lavoro” 1894-1944, Santa Rosa, Territorio Nacional de La Pampa.

Libro de Actas de la Asociación Círculo Italiano de Santa Rosa, tomo 1, 1967, Santa Rosa, provincia de La Pampa.

Bibliografía

Cazenave, Walter (1994). *Cien años*, Santa Rosa, Asociación Club Italiano.

Devoto, Fernando (2008). *Historia de los italianos en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp.181-182.

Devoto, Fernando (2000). “Participación y conflictos en las sociedades italianas de socorros mutuos”. En: Devoto, F. y

- Rosoli, G. (eds.) *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, pp. 141-164.
- Devoto, Fernando y Fernández, Alejandro (1990). “Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo”. En: Armus, D. (comp.) *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 129-152.
- Di Stefano Roberto, Sábato Hilda, Romero Luis Alberto y Moreno José Luis (2002). *De las Cofradías organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Edilab, pp. 99-167.
- Ferro, Gabriel (2003). “El oficio de los muertos. Las sociedades italianas de socorros mutuos de la provincia de Santa Fe frente a la muerte”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N°51, pp. 441-455.
- LacARRIERU, Mónica (2005). “Las Fiestas, celebraciones y rituales de la ciudad de Buenos Aires: imágenes e imaginarios urbanos”. En: Exposición de las Jornadas de Imaginarios Urbanos, Buenos Aires, 21 al 23 de abril 2005.
- Laguarda, Paula (2008). “El cine en La Pampa. Una historia de película”. En: Lluch, A. y Salomón Tarquini, C. (eds.), *Historia de la Pampa - Sociedad, Política, Economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952)*, Santa Rosa, Universidad Nacional de La Pampa, pp. 609-627.
- Laguarda, Paula (2007a). “Matrices culturales del cine en el Territorio Nacional de la Pampa”. En: XVIII Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa, 6, 7, y 8 de septiembre 2007. Editada en CD-ROM, ISSN 1669-7030.
- Laguarda, Paula (2007b). “Modernidad, cultura y cine en el Territorio Nacional de la Pampa”. En: XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 22 de septiembre de 2007. Editada en CD-ROM, ISBN 978-950-554-540-7.

- Minetto, José F. (2010). “Teatros y cines: ya comienza la función”. En: 1° de Octubre, publicación de la Cooperativa de Electricidad, Obras y Servicios Públicos de Santa Rosa Ltda., n° 139, noviembre de 2010, p. 13.
- Mudarra Vidal, Tamara (2015). “Las Romerías como hechos sociales totales”. En: *International Journal of Safety and Security in Tourism/Hospitality*, N°11, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Palermo, pp.1-15.
- Nuñez Seixas, Xosé M. (2005). “Otras miradas a la historia de la emigración gallega: sobre cartas, memorias y fotos”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 58, pp. 483-503.